

**CONCURSO DE RELATOS INFANTILES**  
**\*RELATOS SELECCIONADOS\***



CIRCUITO LOCAL  
DE INTERVENCIONES  
CULTURALES

## Misión bohemia\*

por Diego Vega

"¿Saben ustedes que durante una tormenta el león da la cara al viento para que su pelambre no se desordene?

Yo hago lo mismo: doy la cara a todos los problemas: es la mejor manera de permanecer peinado."

Leopoldo Marechal

Para entrar a la barra siempre había que cumplir la misión. Una serie de desafíos por el barrio que todos los años iba cambiando. A mí me tocó un año bastante jodido.

La primera prueba aunque parecía la más sencilla no era para nada fácil. Tenía que entrar al San Bernardo, el bar de las mesas de pool y ping-pong, que para nosotros los más pibes no te digo que estaba prohibido, pero era toda una aventura. Si lograba colarme hasta el fondo sin que me chisten y me rajen tenía que encontrar al Master, que venía siempre a la tarde y se quedaba toda la noche, encararlo y pagarle los diez pesos que cobraba la hora para que acepte jugarme un partido de ping-pong. <sup>1</sup>Ah, y meterle por lo menos cinco puntos. Algo que todo el mundo sabía que si él no quería, en realidad era imposible; así que me tranquilicé porque imaginé que habría alguna ayudita.

---

<sup>1</sup> \*Relato ganador Concurso CLIC Villa Crespo 2019

Con el primer punto que me regaló y el guiño de ojo izquierdo cómplice, supe que estaba buena onda y que tenía alguna esperanza. El partido no duró ni media hora, pero Oscar me tuvo piedad. La paliza fue 21-7. Nada mal para un pebete de trece años como decía él. A sus espaldas, los muchachos de la barra que estaban controlando todo no tuvieron más remedio que aprobarme el primer desafío.

La segunda era un poco más heavy. Había que meterse en la Alberdi y colgar en la pared detrás del escritorio de la bibliotecaria dos banderines: uno de los Movidizos y otro de los Dichosos. Todos sabíamos que Nilda odiaba las murgas, que siempre protestaba por el corso; y que aunque parecía buenita en realidad era un demonio al que no se le pasaba una. No era casualidad que la biblio estuviera en Acevedo 666, pero yo tenía, como escuché que dicen los grandes, un as en la manga. Me llevé a mi hermana chiquita que siempre le decía que cuando fuera grande quería ser bibliotecaria como ella y la tenía re comprada. Mientras Nilda fue a ayudar a Coquita a bajar ese libro colorido que quería y no alcanzaba por estar tan alto, le metí pata y en un minuto misión cumplida. En un toque saqué un par de fotos de prueba y los buchones que estaban de testigos tuvieron que tragarse sus risas.

—La tercera prueba, sargento, como ya se habrá imaginado, es la que me trajo hasta acá.

—Atrevidos los jueguitos, puedo ver. Pero no soy sargento, soy agente de policía ¿Adán me dijo que se llamaba?

—Sí, Adán, ya sé que suena medio raro pero bueno, se le ocurrió a mi viejo. Por un libro que le gustaba mucho. Y sí, la tercera era un poco zarpada la verdad, pero bueno, yo tenía que intentarlo.

—¿Pero cómo entró a la cancha? Al estadio me imagino que con entrada. Al campo de juego me refiero.

—Me colaron unos amigos, pero no le puedo decir quién fue.

—No se me haga el vivo que ya le avisamos a su padre y está en camino. Le espera un buen reto me parece.

—Sí, puede ser.

—Siga entonces, no importa como entró, ya lo vamos a averiguar. Después, ¿qué hizo?

—Me puse atrás del arco a chamuyarme al arquero que, entre nosotros, es bastante bueno, aunque un poco salame. Le hice un par de halagos y enseguida se comió que yo era funebrero. ¡Dios me libre!, como dice la nona.

—¿Nada más?

—Bueno, sí, primero me lo gané con el aliento: ¡Aguante Chaca! ¡Dale que a estos bohemios muertos los comemos crudos! ¡Esta cancha es de cartón! Esas cositas. El tipo me miraba desconfiado pero cuando le tiré con su propio apodo y un par de elogios se la tragó, pobre Pulpo.

—¿Pulpo?

—Sí, Pulpo. El Pulpo Minutti. Así le dicen.

—¿Y después? Vamos a lo importante, pibe.

—Y después le di el agüita. Hacía un lorca bárbaro y el tipo ahí parado al sol con cuarenta grados a las cuatro de la tarde seguro que no se iba a aguantar. La verdad no fue mi idea, pero era buena.

—Así que le dio el agüita ¿Y que tenía el agüita?

—Para ir al baño.

—¿Para ir al baño? ¿Laxantes?

—Creo que sí. La preparó la tía de un amigo. Pero el maldito Pulpo se aguantó todo el primer tiempo. Aunque ni bien pitó el árbitro se fue rajando para el vestuario.

—¿Y no se avivó?

—No, la verdad que no, habrá pensado que eran los nervios. Un clásico no es algo fácil señor comisario, digo señor agente. Y encima no era un clásico común, de esos que los puntos no sirven para nada. Si ganaban nos mandaban a la B y encima ellos quedaban punteros. Así que había que ganar o ganar.

—Entonces mucha misión, mucha misión pero usted estaba de acuerdo.

—Y más bien, en mi familia desde mi bisabuelo somos todos bohemios. ¿Usted es del barrio?

—Sí.

—¿No me diga que es gallina, bostero o algo así?

—Eso no importa, no viene al caso. Siga contando.

—No hay mucho más para contar. Yo tenía que distraerlo al tipo y creo que cumplí. Como lo del agua no funcionó tuve que recurrir al plan del trapo.

—¿El plan del trapo?

—Sí, el plan del trapo.

—¿Qué consistía en..?

—Nada, pasarle un trapito para que se seque el chivo de la cara. Con la vincha estaba bien pero con ese día y el buzo negro estaba hecho agua el chabón.

—¿Y el trapito tenía...?

—Ajiutarió.

—¿Eh? ¿Qué dijo? Hable más fuerte.

—Ají mmm...

—¿Ají?

—Sí, ají, ese chiquitito de la mala palabra que pica un poquito.

—¿Y le pasó el trapo justo antes del corner?

—Es que lo necesitaba comisario, eh, perdón, agente... era pura agua el pobre.

—Y ahí vino el gol...

—Sí, justito.

—Porque el pobre tipo estaba gritando y llorando porque no veía nada.

—Y bueno, son cosas que pasan.

La espera en la comisaría se estaba haciendo larga. Mi viejo llegó después de un buen rato y enfrente de los policías me pegó unos buenos gritos, aunque enseguida me di cuenta de que estaba actuando y que en casa no iba a ser tan tremenda la cosa.

Al final me dejaron salir y afuera el barrio era una fiesta por el partido ganado. Aunque habían anulado el gol por mi trampita, igual se lo dimos vuelta. Los pibes de la barra me aplaudieron como a un héroe. Yo me sentía un Dios. Misión cumplida.

En la puerta el policía sonreía, con el termo en una mano y un mate con el escudo de Atlanta en la otra.

## Botella al mar

por Maximiliano Sacristán

Se lo compramos a un hombre en la plaza Benito Nazar, el día anterior, y papá me prometió que lanzaríamos el farolito aerostático cinco minutos después del brindis. La cena de aquella nochebuena se me hizo larguísima, ansioso como estaba por ver despegar a esa navecita con luz propia. Sin otros chicos en la reunión con los que jugar, la espera me pareció interminable. Mamá había prohibido los cohetes en casa, después de que al tío Ernesto le explotara uno antes de tiempo, en las navidades pasadas. Nos pegamos un buen susto aquella vez.

Luego del brindis de los grandes, papá me buscó con la mirada. Allí estaba yo, medio oculto entre las dos abuelas y sus cacareos de fin de año, en la otra punta de la mesa. Me guiñó un ojo y sin que los demás lo notaran subimos a la terraza del edificio con la caja que yo guardaba en el cuarto. La noche explotaba de colores por todos lados. Algunos vecinos se nos unieron para admirar el barrio asomados a la baranda. Mientras papá armaba el farolito, yo tuve una idea: ¿por qué no ponerle dentro un mensaje? Él, acucillado, lo pensó un momento. Luego sonrió y me pidió que fuera a buscar una hoja, un fibrón y la cinta adhesiva de su escritorio. Yo ya era grande y sabía usar solo el ascensor, así que fui hasta el departamento y volví corriendo. Con letra grande, papá escribió: “¿Querés jugar conmigo?, llámame”, y luego puso mi nombre, mi edad y el teléfono de casa. Dobló la hoja en cuatro y la pegó con cinta en la base del farolito. Después se puso de pie y me dijo, satisfecho: “Lancemos al mar de Villa Crespo esta botella”.

Fui a llamar a los demás para cantar a viva voz la cuenta regresiva en la terraza. Lo soltamos, y el viento se lo llevó pronto, perdiéndose en la noche iluminada por los fuegos artificiales. Otros

farolitos lo seguían en procesión, y en el cielo parecía que corrían una carrera. Después regresamos al departamento para comer los turrones y abrir los regalos. Los más jóvenes bajamos los cinco pisos por las escaleras para hacer más rápido. Los abuelos se quedaron a esperar el ascensor, que a esa hora estaba muy atareado. Papá Noel me había dejado tres paquetes debajo del arbolito, y de la emoción yo me olvidé pronto del farolito, que seguiría su viaje en la negrura de la noche, cada vez más altivo y lejano.

Dos días tardó mi botella en encontrar su isla. Por la mañana mamá me llamó al teléfono. La voz de una nenita del otro lado me contó que había recibido el mensaje. Y que quería ser mi amiga. Esa misma tarde fuimos con papá en el auto, cuando regresó de su trabajo. Cruzamos casi todo el barrio, y entre los dos reconstruimos el viaje del farolito por el cielo de Villa Crespo: la plaza donde lo compramos, la avenida Warnes, la estación Malabia... Cruzamos la avenida Juan B. Justo, pasamos junto al estadio de fútbol y al fin llegamos. Estacionamos frente a un edificio como cualquier otro de la calle Aguirre. Llamé al portero eléctrico del quinto C (papá me alzó para que alcanzara el botón plateado) y la voz de una señora nos dijo “Un momentito...”. Bajaron a abrirnos Micaela y su mamá. Cuando subimos a su casa, fuimos derecho a ver el farolito. Todavía estaba donde lo habían encontrado, en el balcón que miraba a la calle. Así, todo arrugado, se parecía a una pasa de uva gigante. Micaela corrió hasta su cuarto y regresó trayendo el mensaje con la letra de papá. Quiso que yo guardara la hoja.

Nos quedamos jugando un rato, mientras los grandes tomaban té y charlaban en la cocina. Tenía unos álbumes de figuritas muy lindos. Del frasco de bolitas de su primo, que se lo había olvidado, me regaló una japonesa celeste y dos bolones lecheros. Después nos fuimos. Yo volví un mes después a la calle Aguirre, porque Micaela cumplía nueve y me había invitado a su fiestita.

Bueno, eso quería contarles. Así fue como nos hicimos amigos.

# CRESPO

por María Estela Calvo

Se llamaba Crespo. Era un gato. Él no sabía que se llamaba Crespo (tampoco sabía que era un gato), pero después de mucho tiempo se ve que lo supo porque cuando lo llamaban por su nombre, venía. O iba, según el caso. Se llamaba Crespo y encima, vivía en Villa Crespo. Pero no era casualidad. Leandra le había puesto ese nombre por el barrio donde vivían. Y porque Crespo tenía rulos. Sí. No era un gato con botas. Era un gato con rulos.

Leandra, en cambio, tenía ojos oscuros y el pelo lacio.

-¡Mamá! -decía Leandra-. Yo vivo en Villa Crespo. ¡Pero tengo el pelo lacio! *Y eso no puede ser...* ¡Es como si los rubios vivieran en Moreno!

Leandra tenía esa idea: la gente tenía que vivir en lugares con nombres afines. Había dibujado un mapa de la ciudad donde iba ubicando los apellidos que conocía de acuerdo a las calles y los barrios. Los Urquiza, en Villa Urquiza. Los Flores en Flores y Floresta. Pero también podían estar en Chacarita. La gente muy religiosa, en Devoto. Conocía a una señora con mucho pelo que vivía en la calle Carlos Calvo. Y eso le parecía un verdadero *despropósito*.

Sofía, la mamá, le seguía el juego, aunque hay que reconocer que a veces se enloquecía un poco.

Crespo siempre escuchaba a Leandra atentamente. Si entendía o no entendía, era cosa de investigar. Leandra le ponía pruebas para verificar si había captado lo que ella le explicaba.

De día, Crespo dormía buena parte del tiempo y de noche... se iba de farra. De fiesta. De juerga. De gira. De parranda. De recorrida. Y otros sinónimos. Porque en ese tiempo, Leandra andaba enredada en los sinónimos, que, dicho sea de paso, le gustaban mucho más que los verbos. ¡Ay, Leandra y los verbos!

En sus salidas, Crespo entraba siempre al San Bernardo, un bar muy viejo de la calle Corrientes... (Bueno, está bien, viejo no... antiguo), donde todavía quedaban, como al descuido, unas pocas mesas de billar. Y por esas cosas, a uno de los mozos le gustaban los gatos y cuando veía llegar a Crespo, le habilitaba una mesa. ¡La fiesta de Crespo jugando con las pesadas bolas era digna de verse! Sí. Es raro. Uno pensaría que para un gato debían ser más divertidas las bolas de colores del pool... ¡Y tantas! Pero la palabra pool... (Porque Crespo era un gato muy *apalabrado*) ... Y no, la palabra pool nada que ver con la palabra billar. Que era más linda y más tradicional y más argentina. Y también más difícil, “porque jugar al billar no es moco de pavo”, decía el abuelo de Leandra que estaba encantado con la elección del gato.

Lo cierto es que, pese a las otras atracciones del San Bernardo, que eran muchas, la gente dejaba de hacer lo que estaba haciendo para mirar, con *embeleso*, las piruetas y malabarismos de Crespo que así se ganaba una buena porción de atún. (Eso en tiempos normales, porque en épocas de crisis, recibía unas tiritas de hígado, la comida más asquerosa del mundo, según Leandra).

Pero vamos, un buen día, o mejor dicho, una mala noche, Crespo salió de su casa y no volvió. Cuando Leandra se despertó temprano para ir a la escuela, notó que faltaba en su cama el querido *promontorio* gatuno, porque Crespo estaba autorizado a dormir a los pies de Leandra *sobre* su cama, pero en medio de la noche, cuando toda la familia dormía, él se metía

*dentro* de la cama, se internaba debajo de las sábanas y armaba en el fondo su cueva, prehistórica pero calentita, para *beneplácito* de Leandra y enojo de su mamá.

Esa mañana, insisto, el promontorio, quiero decir, Crespo, no estaba. Leandra se levantó y empezó a llamarlo y a buscarlo y a gritar y a llorar porque no lo encontraba y toda la familia se levantó y salió a buscarlo. Vivían en un piso once y Crespo salía habitualmente por una baranda que conectaba el lavadero con la terraza del edificio de al lado, y por una reja entraba al edificio y bajaba muy *orondo* por las escaleras. Una vez abajo, aprovechaba algún abrir y cerrar de la puerta de calle para salir. O vaya a saber que otras estrategias tenía, el muy astuto.

Primero lo buscaron por la ventana, la baranda, la terraza de al lado; le pidieron al portero que mirara en las escaleras... nada. Entonces siguieron por las veredas y los techos y los balcones y los árboles y los cables y las alcantarillas y los tachos y las peluquerías... Y los vecinos que salían empezaron a sumarse a la búsqueda hasta formar un abigarrado grupo de gente... (Sí, *abigarrado*... ¡Esa palabra existe!). Y bueno... las mujeres y los hombres fueron tarde a trabajar y las chicas y los chicos no llegaron a las escuelas y las clases no empezaron a horario y los negocios no abrieron a la hora de costumbre y los colectivos pararon y los choferes, los pasajeros y las pasajeras bajaron a preguntar qué pasaba y luego, claro, a buscar también. ¡Qué tumulto se armó esa mañana en Villa Crespo! De pronto, un solo grito subía por entre los edificios dejando un eco *reverberante*... Crespooooo... Crespooooo... que luego se transformaba en consigna ¡Crespooo! ¡Crespooo! Y más tarde en himno: “¡Escuchad ese grito sagraaaado: Creespo... Creespo... Creespo! ... y después en cumbia: “¡Todo eso fuiste, y te perdiste!” Y así. Cuando la policía vio semejante multitud (con el *desbarajuste* fenomenal que había en el barrio) pretendió disolverla, pero rápidamente resultó contagiada por la marea y los

vigilantes y vigilantas empezaron a buscar con los demás. (No hay nada que contagie más que la búsqueda de un gato perdido).

Y dio la casualidad de que justo, justo, por la Juan B. Justo, se cruzan con un joven extraño que dijo llamarse Adán. Adán Buenosayres para ser más precisos. Fue el único momento de la mañana en que Leandra se puso contenta. Muy contenta. Porque le pareció que esa era la persona más coherente que hubiera conocido. Y a Leandra le gustaban la coherencia y las personas coherentes. Llamarse Buenosayres en Buenos Aires y cruzarlo justo en Juan B. Justo no podía ser más venturoso. Eso le hacía saber que iba a encontrar a Crespo. Es que justo también esa mañana, Adán había salido para hacer un largo recorrido de tres días.

No hace falta agregar (porque ya se lo imaginan), que Adán Buenosayres se incorporó a la búsqueda.

-Tengo todo el día por delante -dijo-, y me encanta detenerme en los pequeños asuntos cotidianos del barrio en que vivo. Deberíamos buscarlo en la Iglesia de San Bernardo, agregó...

-¿Por qué? -inquirió Leandra. Crespo no es muy religioso...

-Pero en el Cristo de la Mano Rota -dijo Adán-, hay muchas palomas. Y los gatos aman a las palomas...

-¿Los gatos aman a las palomas? -preguntó Leandra, sorprendida.

-Bueno -respondió Adán-, podría decirse que las aman... de una manera singular. Las buscan, las persiguen, van detrás de ellas... si eso no es amor, se parece bastante a lo que la mayoría de las personas llama amor...

.....  
¿Y dónde estaba Crespo, mientras tanto?

Crespo había intentado salir por la baranda, como de costumbre, pero en un mal movimiento se resbaló y empezó a deslizarse por el aire -si se puede decir así- hacia abajo, en caída libre gatuna, dando vueltas y haciendo contorsiones, acomodando patas, cabeza y cuerpo en cada una. Pero algo extraño sucedió en la caída porque Crespo no sentía que fuera muy rápida o es que tal vez se fue entreteniendo en las cosas que vio. ¿Y qué vio? Paredes, cielo, copas de árboles, ventanas... No. O sí, pero además vio un *carromato* raro, alto, con pilares enroscados y techo, todo negro muy negro, con cuatro caballos también negros que tiraban de él y aprovechando que pasaba cerca se subió, pero rápidamente se dio cuenta de que no era un buen lugar para estar ni para viajar -si hubiera sido de colores, pensó, si no fuera tan *lúgubre*- pero claro, como podía él saber que eso era una antigua carroza fúnebre... Vio unos cueros malolientes estirados bajo el agua en un lugar que decía "curtiembre" y que ocupaba una manzana del barrio... ¿Dónde es eso?, intentaba ubicarse Crespo. Y vio una glorieta y ¿Qué cosa es una glorieta? ¿Una Gloria en bicicleta? Y aunque no lo sabía, Crespo lo supo... Así de extraño era lo que pasaba. Y vio un cine en una calle llamada Triunvirato y quiso entrar porque daban una película de gatos que le hubiera encantado ver, pero en ese preciso momento no pudo frenar su descenso; vio a un poeta escribiendo en una mesa del San Bernardo y se acercó, pero cuando llegó, el poeta ya no estaba y de todos modos, Crespo se dijo... ¡Si yo no sé leer!... Pero en ese vuelo, era evidente, pasaban cosas extraordinarias e imposibles. Vio una feria en la calle Serrano y vio sobre los adoquines grandes jaulas llenas de gallinas, pollos y patos y sintió unas enormes ganas de bajar a correrlos o aunque más no fuera a molestarlos y además, sobre un enorme tablón, grandes cantidades de pescados, de todo tipo y tamaño y el olorcito le hacía agua la boca y quiso bajar ahí nomás pero cuando

volvió a mirar, todo se deshizo como si hubiera estado dentro de una burbuja, de una pompa de jabón; y siguió, a tiempo para ver un arroyo sucio y en las orillas despejadas a muchos pibes jugando al fútbol y de pronto la pelota que se va y dos hombres de sombrero y pañuelo al cuello están dejando los sacos a un costado y mostrando un cuchillo reluciente cada uno y sonó un tango y Crespo voló de ahí, literalmente, porque recordó que la curiosidad mata al gato, al menos eso le decía el abuelo a Leandra, y no quiso probar si era o no era verdad y por suerte siguió, porque de pronto se encontró con una tal Paquita, una joven tocando el bandoneón y ella lo invitó a tocar y Crespo apretó el fuelle y le sacó un maullido muy pero muy parecido al suyo. Miaaaauuuuu terminó diciendo Crespo cuando sus patas tocaron el suelo. Pero antes había gritado ¡Pugliese! ¡Pugliese! por las dudas, porque sabía que en ciertas ocasiones había que decir eso. Y después ¡Chito! Silencio.

.....

Al cabo de muchas horas de andar buscando, cansadas y sin comer, Leandra y su mamá decidieron volver a casa. Bueno, la que decidió volver fue la mamá... Leandra no. Porque no se resignaba a perder a Crespo. Quería seguir buscándolo "*para siempre*". Llorosa y con hambre, pero sin ganas de comer, Leandra y su familia llegaron a la puerta de su edificio donde esperaba una vecina del primer piso.

-¿Ustedes tienen un gato negro con rulos? -preguntó la vecina.

-¡Sí! -exclamó Leandra a viva voz

-Ah, porque está en mi patio. Se cayó esta mañana. ¿En qué piso viven ustedes?

-¡En el once! -dijo Sofía sin querer preguntar nada más...

-Bueno, pues se cayó en mi patio -aseguró la vecina.

-Y... ¿Cómo está? -se atrevió a preguntar la mamá con un hilito de voz y temiendo la peor respuesta...

-Ah -respondió la vecina-. ¡Muy asustado! Desde esta mañana se metió detrás de un armario y no sale de ahí.

Las caras de Leandra, su mamá, su hermana y su abuelo eran un parque de diversiones. Ojos enormes, bocas abiertas, pucheros y sonrisas, carcajadas y llantitos contenidos.

-Vengan, pasen... -dijo la vecina-. Por acá.

Y la siguieron. Llegaron al patio y fue Leandra la que llamó:

-¡Crespo!

Y de atrás de un armario alguien contestó:

-Miauuuu

Allá corrió Leandra y se agachó y metió la mano y Crespo le correspondió tocándola con su pata.

Todos lloraron. Leandra, su hermana, su mamá, la vecina, el abuelo, Crespo... todos, todas, todes.

El veterinario lo encontró bien.

-Está dolorido -dijo-, pero se le va a pasar. Que coma, duerma y haga reposo el tiempo que necesite. Como buen gato, todavía le quedan seis vidas por delante para seguir explorando el mundo.

Y esta vez todos -todas, todes- rieron. Y nunca pudieron imaginar el intenso viaje y la increíble exploración del mundo que Crespo acababa de vivir.

## El dragón del Maldonado

por Sergio Simionato

“Papá, ¿dónde viven los dragones?”, pregunta Mateo dando saltos sobre la vereda. No se sabe si es ansiedad o se está haciendo pis. A veces se mueve igual cuando está emocionado que cuando tiene ganas de ir al baño. El papá, Javier, lo lleva de la mano caminando por Darwin, a la altura de Padilla. Es un día soleado, sin nubes y no hace ni calor ni frío. Son las diez de la mañana de un sábado primaveral allí en el barrio de Villa Crespo. Mateo está en la etapa en que dejaron de interesarle algunos muñecos articulados y autitos, y comenzaron a gustarle las historias de castillos, guerreros y dragones. A pesar de que acaba de cumplir los cinco años y que muestra con orgullo todos los dedos de la mano cuando le preguntan la edad, sigue siendo un niño. Mateo les dice a todos que ya es grande, que dejó de ser un bebé o un nene chiquito, pero a sus padres no les parece. Para sus papás sigue siendo pequeño.

—¿Los dragones? Los dragones viven en lugares muy altos, silenciosos y rodeados de bosques y árboles. O, a veces, en cuevas lo suficientemente profundas y ocultas —dice el padre como queriendo tranquilizar a Mateo. Para evitarle el miedo de creer que cualquier día podrían llegar a ver un monstruo con alas volando por arriba de sus cabezas.

—No entiendo papá —dice Mateo—. ¿Lugares altos como cuáles? —sigue preguntando justo cuando doblan por la avenida Corrientes. Javier, el papá, no le explica pero le dice “Ya vas a ver, ya vas a ver”.

Cuando llegan a Dorrego, luego de las grandes aventuras que representan saltar las vías del tren, caminar a contramano en la escalera del subterráneo en la estación Dorrego y

resistirse a ingresar en el parque o mirar negocios en la feria, cruzan la avenida Corrientes justo antes que el muñequito del semáforo comience a titilar. Allí el viento sopla más fuerte que en cualquier otro cruce. Eligen tomar por Bonpland porque su papá dice que allí siempre se pueden encontrar grandes personajes del barrio. Pero no se cruzan con ninguno. Pareciera que no son horas para cosas raras o llamativas.

Cuando llegan a Bonpland y Aguirre le señala hacia arriba.

—¿Ves allá lejos? ¿Esa cúpula alta? —el papá se refiere a la cúpula de la Escuela Técnica Enrique Hermitte.

—¿Ves todos esos árboles alrededor? Es como un bosque... — Javier elige un lugar fuera de los límites del barrio como para que Mateo comprenda que es un sitio lejano y poco explorado. El niño mira la cúpula asombrado, con la boca abierta y con la sorpresa de quien acaba de descubrir un secreto, intentando enfocar bien los ojos para encontrar lo que busca.

—¿Vive un dragón ahí arriba? —pregunta Mateo con los ojos brillosos. No sabe si le gustaría verlo o si se va a asustar.

—Noooo, los dragones viven lejos...¡¡lejísimos!! —afirma el papá—. Sólo te explico para que entiendas cómo son los hogares de los dragones —le dice y lo abraza hasta que se le pasa el miedo y la emoción. Le explica también que en aquellos lugares donde hay dragones también existen los castillos con sus torres altas y sus portones reforzados. Mateo sabe lo que son los castillos y las torres. Los vio infinidad de veces en la tele, en las revistas o en libros de cuentos, pero jamás en persona. Jamás estuvo delante de un castillo, por eso siempre tuvo que fantasear con conocer uno. No se da cuenta que siguen caminando, ni que su papá lo está dirigiendo por Loyola hacia Juan B. Justo. Cuando la calle se eleva, justo al llegar a las vías, Javier le señala una construcción sólida que tiene por encima una enorme torre de ladrillos.

—¿Ves esa torre? —le pregunta mirándolo a los ojos—. Es como la torre de un castillo.

Lo mismo que los portones y las rejas altas.

Mateo, sin quitar la vista de la torre altísima, afirma con la cabeza.

—¿Acá en Villa Crespo hay castillos? ¡Entonces también hay dragones! —festeja Mateo.

Su papá se ríe y luego le hace un gesto como para que lo deje explicarle.

—Ese no es un castillo, hijo. Era una fábrica de ropa. Por eso te dije que se parece a un castillo. Se parece, pero no es —dice el papá tratando de que Mateo entienda.

Y Mateo entiende a su manera, como entienden los chicos de su edad. Siempre dándole una oportunidad a la imaginación. O sea, Mateo entiende que no existen dragones, ni castillos, ni guerreros, pero sigue creyendo que, tal vez, sí existen. Como los monstruos en el placard o los fantasmas en la oscuridad. Sabe que no existen, pero igual les tiene miedo, porque tal vez, sólo tal vez, puede que existan.

—Ya sé que no existen, pero si existieran los dragones en el barrio... ¿dónde podríamos encontrar uno? —pregunta el niño con más curiosidad que temor.

Javier le sigue la corriente porque no quiere desilusionarlo. Elige aceptar que los hay para poder explicarle, en lugar de decirle con voz gruesa y sin sonrisas, que no hay ni jamás hubo semejantes reptiles alados enormes.

—Si yo quisiera encontrar uno, seguramente buscaría en cuevas oscuras, pasadizos profundos, túneles secretos —prefiere responderle y luego aclara—: Eso si quisiera encontrar uno, pero prefiero quedarme con las ganas. Yo paso.

—¡Yo no! —grita Mateo—. Yo quiero buscar alguno. Dale, llévame a buscar.

Sin darse cuenta ya han llegado a la avenida Juan B. Justo, cambiando el silencio del barrio por las bocinas y el ruido de la ciudad. El papá le hace un gesto de silencio, apoyando el dedo índice en los labios, y le habla al oído mientras señala la vereda por la que caminan.

—Por acá abajo pasa un túnel oscuro, enorme y larguísimo. Si hay algún dragón escondido en Villa Crespo, yo diría que busquemos por ahí abajo. Le llaman arroyo Maldonado, pero deberían decirle cueva de los monstruos —y luego continua—: Pero nosotros solos, imposible. Si buscamos dragones, antes tenemos que ir por los especialistas.

Los especialistas, le cuenta Javier a Mateo, se esconden en librerías. Le dice que el barrio está lleno de librerías, que se suelen transformar en salas de ensayo, en centro de reuniones, en salones de arte, en guaridas de cazadores de dragones o simplemente, en librerías. Algunas fueron abiertas directamente como refugios para aventureros e investigadores que se ocultan fingiendo ser libreros, editores, artistas o lectores. Javier aclara que es extraño, pero a estos cazadores siempre los encuentran dentro de las librerías, poniendo cara de interés por la lectura, hojeando libros o apareciendo detrás de bibliotecas inmensas. Ellos saben dónde encontrar dragones y algunos hasta conocen métodos para atraparlos. Concluye diciéndole que lamentablemente se desconoce el paradero del mago Marechal, un gran conocedor del barrio y de sus habitantes ocultos. Que él podría decirles exactamente dónde encontrar seres mitológicos.

Mateo escucha atento y se queda pensando. Luego mira el piso y salta en el lugar, fuerte, varias veces, como para que el dragón que habita bajo las baldosas sepa que lo acaban de descubrir. Como para que escuche el rebote y los golpes sobre su cabeza y sepa que se acaba de terminar su misterio. Es una advertencia que el niño se toma muy en serio.

—¿Y por dónde entra el dragón a la cueva de acá abajo? —pregunta entusiasmado, totalmente seguro de que no existen, pero sabiendo que sí existen.

—Tiene varios lugares para entrar, dependiendo del día y la hora. En general sale de noche y como es de color oscuro se confunde con el cielo o las nubes. Es común que entre por el túnel de la cancha de Atlanta, por la boca de acceso a la estación Malabia de subte o

por una rejilla enorme que hay en Juan B. Justo. Siempre elige el lugar donde no haya gente que lo pueda ver —explica con detalles y gestos, Javier.

Mateo se ríe porque le gusta que su papá le siga la historia. Le gusta que no le corte la ilusión con sus frases de adulto y su formalidad aburrida. Al fin le habla sobre cosas importantes y no sobre responsabilidades y portarse bien. Le gusta todo el diálogo hasta el momento en que su papá se entusiasma y le cuenta la otra historia. Hasta que, después de conversar todo el tiempo sobre monstruos voladores, Javier recuerda algo que le sucedió en su infancia.

—Te voy a contar un secreto más. Me acordé ahora que hablamos de dragones. Cuando yo era chico y tenía algunos años más que vos, me contaron algo que me puso los pelos de punta. Me dijeron de una casa en la avenida Córdoba donde sucedían cosas extrañas. Al principio los dueños oían ruidos extraños y aparecían grietas en las paredes. Después empezaron a oírse explosiones y golpes muy fuertes, mientras el piso se levantaba. Algunos dicen que llamaron a un señor para que hiciera un truco para desaparecer los ruidos, pero no hizo efecto. Finalmente, una tarde alguien llamó a la policía y a los bomberos avisando de una emergencia. Cuando llegaron, la casa se sacudía y salía humo por todos lados, como si se estuviera quemando. Vieron que el piso y las paredes se movían y comenzaron a romper todo con hachas y martillos. Nadie sabe exactamente lo que pasó ahí adentro. Los policías y bomberos se fueron sin decir nada. Los dueños hacían silencio. Nadie contaba nada. Y yo tampoco voy a decir nada —Javier se hace el misterioso.

—¡Sí, dale, decí! ¿Qué pasó en la casa? —pregunta curioso Mateo.

—Bueno, en realidad nadie sabe. A mí me dijeron que un hombre amigo de los abuelos estuvo ahí y vio todo. El hombre contó que lo que estaba rompiendo toda la casa era un enorme dragón que se escondía bajo el piso. Que había llegado ahí por los túneles que existen

debajo nuestro. Ojo, ¿vos sabes lo que es un mito? Los mitos son historias que cuenta la gente pero que no se sabe si son ciertas o un invento —cierra el papá la conversación.

—¿Y el dragón ahora dónde está? —pregunta Mateo.

—Averiguelo vos que ya sos grande —lo desafía Javier y luego los dos vuelven caminando a casa, pasando antes por la panadería.

Cuando llegan no le cuenta nada a su mamá por miedo a que le diga que la historia es mentira, que los monstruos no existen, porque él quiere que existan. Por temor a que lo mire con ternura como si fuera un bebé y no un investigador demasiado joven. Prefiere guardar el secreto para él solo.

Tampoco le cuenta a nadie que esa noche salió al balcón sin que se den cuenta y se quedó observando el cielo, esperando ver al dragón de Villa Crespo en medio de su recorrida nocturna.

De nada va a servir que les diga que durante unos segundos lo vio recortado contra la enorme luna llena, con sus gigantes alas desplegadas, que luego descendió en picada hacia la avenida Corrientes y que finalmente desapareció cerca de las vías del tren. Le van a decir que miente, que lo inventa porque se la pasa mirando películas de monstruos en la tele, que deje de inventar historias.

Piensa en lo malo de ser adulto, en andar siempre en sus temas, tan apurados y sin tiempo como para ver dragones.

Piensa en los mitos, como dijo su papá, en los mitos de adultos. En esas historias que cuentan los padres sobre ir a la oficina a trabajar. Mateo está seguro que son mitos, porque jamás vio sus oficinas, ni sus escritorios, ni sus jefes, ni todas las cosas que cuentan. Y si no se ven, son mitos.

Y si van a andar comparando las historias de grandes con las historias de chicos, Mateo sigue prefiriendo sus dragones. Aunque sabe que no existen, está completamente seguro que, en Villa Crespo, de vez en cuando sí se ve alguno.

## El monstruito del jacarandá

por Haydeé Susana Duré

*Para mi sobrino, el Chanchito Volador*

A Ciro le encanta mirar el balcón lleno de plantitas y cactus que hay en su casa. Un poco más allá de ese balcón, se asoma, abriéndose paso con sus curiosas ramas, un viejo jacarandá. Porque hay muchos jacarandás en el barrio de Villa Crespo, que es donde vive el pequeño Ciro. Pero este es un árbol muy especial, aunque no muchos lo sepan. Ciro es un bebé de casi nueve meses. Tiene unos hermosos ojos negros y una sonrisa llena de picardía y buen humor. Y, además, es quien sabe por qué ese jacarandá es tan especial.

Recuerdo la primera vez que me vio, abrió muy grandes los ojos y pegó un gritito de sorpresa. Era una tarde de otoño y él, desde adentro de su casa, miraba a su mamá regar los cactus. No quise asustarlo, pero bueno, cuando uno es un monstruo casi siempre asusta a alguien, en este caso quiero decir que no quise asustarlo mucho. Pero el tema es que no se asustó, ¡todo lo contrario! Me sonrió, me señaló, dijo “ta, ta taaaaa”, me sacó la lengua y me arrojó, con gesto divertido, una rana de peluche con panza de sonajero.

Yo, por supuesto, no supe cómo reaccionar, así que en principio, volví a esconderme dentro del árbol (¿adivinan qué árbol?) para pensar bien cuál sería mi estrategia. Era mi primer contacto con la especie humana y, según los *Venerables Libros de mis Antepasados*, me había imaginado que el pequeño demostraría un respetuoso silencio y cierto temor. ¡Me gritó en la cara y tuve que esquivar su proyectil de peluche! ¿Qué sabía yo cuán peligrosa puede ser una rana que a la vez es sonajero? ¿Y si era una serpiente de cascabel disfrazada de rana?

Como sea. Me escondí velozmente entre las ramas de mi árbol. Hace muchos años que vivo en ese jacarandá, desde mucho antes que se mudara al barrio la familia de Ciro. Soy Ngué, sí, qué tal, mucho gusto. Soy un monstruito cambia-formas. Monstruito, porque soy de un tamaño pequeñísimo, y cambia-formas porque, bueno, puedo ser alargadito, redondo, con pinches y suavcito. A veces elijo colmillos y a veces me gusta tener muchos más ojos que orejas. ¡Es muy divertido ser como yo!

No quedamos muchos de los nuestros, al menos en este planeta. Es que estamos explorando el universo en nuestras naves súper modernas y con la última tecnología. Pero a mí me gusta la Tierra. Por eso, cuando hace muchísimos años hubo una llamada masiva para explorar los alrededores de Marte, me escondí en un bosquecito en el que mi color violáceo pasaba desapercibido, y así evité que me trasladen.

En ese bosque, me encariñé mucho con un jacarandá y con un sauce llorón. Y cuando elegí quedarme en el huequito del tronco del jacarandá, el sauce se quedó llorando. No sabía cómo consolarlo, así que empecé a cambiar de formas a toda velocidad. Redondo, áspero, alargado, pinchudo, suave, triangular, con lunares, cuadrado, con rayas, helado, romboide, tibiecito, ovalado... Intenten repetir todas esas palabras tan rápido como puedan. Si se les traba la lengua, ¡imaginen lo mareado que quedé yo! Pero valió la pena. El sauce por fin dejó de llorar. Incluso, aplaudió con dos ramitas tan delgadas que casi se le partieron. Imaginen lo fuerte que aplaudió. Dicen que durante muchos años se quedó duro con sus dos ramas entrelazadas en un aplauso perpetuo. Le sacaron muchas fotos, primero con rollo, después con cámara digital, y más tarde con tablets. Imagino que ahora más de uno se sacará interminables selfies con él. Lo llevaron a Parque Centenario y lo plantaron cerca del lago para

que mucha gente lo pueda contemplar. Ahhhhh, pero me voy por las ramas con la historia. ¡Es un poco inevitable cuando uno habla de árboles!

La cosa es que cuando la familia de Ciro se mudó al departamento sobre la calle Corrientes supe que tendría que estar preparado para mi primer contacto cara a cara con humanos. Siempre estuve escondido hasta que descubrí algo súper. ¡A que no se imaginan! Los humanos no nos pueden ver. Salvo, claro, que ese humano sea El Elegido.

Tantas veces me escabullí desde las ramas hasta la vereda, curioseando entre la gente con cuidadito de que no me vieran... Me intrigaba saber cómo eran. Me divertía verlos caminar sobre dos patas. Uno, que tiene muchas, y puede ir variando número y posiciones de las mismas, piensa que debe ser bastante aburrido, salvo que se suban a una bicicleta o a unos patines de esos que andan tan rápido.

Cuando nació Ciro y el departamento se llenó de juguetes de colores, ropitas divertidas, olorcito a perfume de bebé y canciones para dormir, tomé la decisión de establecer un vínculo con ese pequeñito que se veía tan divertido siempre. Le daría la oportunidad de ser mi anfitrión (están buenísimas las sábanas de su cama), mi confidente. Mi amiguito.

¿Qué fue lo que me hizo decidirme por él entre tantos otros humanos, grandes y pequeños? Bueno, es que, según los *Venerables Libros de mis Antepasados*, El Elegido es quien nos invoca aún antes de saber de nuestra existencia. Y Ciro me invocó, primero una noche que no quería dormirse. Se quejaba, lloriqueaba un poquito. “Ngué”, decía, entre pucheros. Y lo decía clarito, eh, nada de que se prestara a confusión con otra palabra. El pequeño me invocaba. Y con insistencia. Y a medianoche. Fue una señal.

Pero volvamos a donde estábamos. En mi hueco del árbol meditaba y meditaba en ese primer contacto entre el humano chiquito y yo. Saqué dos conclusiones después de mucho

rascarme la cabeza, (de tan nervioso que estaba me arranqué una de mis antenas y me quedaron doliendo tres orejas). Conclusión número uno: ¿Mi futuro huésped podría poner en peligro mi integridad física? Conclusión número dos: Cada vez me gustaban más las sábanas de su cama.

Me armé de valor y volví a asomarme por las ramas del balcón. Entré a la casa. Allí estaba Ciro, cucharita en mano en su sillita de comer, su mamá ya había regado las plantas y se preparaba para ofrecerle un yogur. Me paré enfrente a él, El Elegido, que sonrió mostrando sus dos dientes frente a mi sincera emoción. Iba a decirle, entre otras cosas, cuánto me gustaban las divertidas sábanas de su cama.

Tal vez no fue el mejor momento para establecer contacto con el niño, no lo digo sólo porque el vaso de yogur salió volando y quedó como un sombrero sobre el cabello de su madre, ni porque el perro se fue a esconder al lavadero. Ciro se emocionó tanto que revoleó sus bracitos a toda velocidad. De hecho lo creí capaz de levantar vuelo. El tema es que sus movimientos fueron muy rápidos: cuando me estaba arrepintiéndome de haberme acercado tan imprudentemente, de un cucharazo me revoleó por el aire y quedé atrapado detrás del sofá... El Elegido se rió a las carcajadas.

Años de imaginar cómo sería el mágico y sublime encuentro entre mi especie y los humanos. ¿Respeto, temor, solemnidad? Pensé que tal vez no me habían sido de tanta utilidad los *Venerables Libros de mis Antepasados*.

Ciro ya va a cumplir un año. Le sigue gustando el yogur. Y sigue arrojándome sus juguetes. Aprendí a esquivarlos o atraparlos, y tanto una cosa como la otra lo divierten mucho. Me encanta que me espere cada medianoche, invocando mi nombre, para jugar un rato antes de ir a dormir. Tomo forma de muñequito suave para que me abrace al quedarse dormido.

Nadie me ve, sólo El Elegido.

Nadie sabe que por las noches bajo del jacarandá al escuchar mi nombre en su vocecita.

Nadie sabe que protejo sus sueños y lo abrigo cuando se destapa.

Nadie sabe que soy yo el que se come los potes de dulce de leche de la despensa, ante la mirada desconcertada de toda la familia.

Lo sabe solamente Ciro, y sé que puedo contar con él para guardar mi secreto. Mi contacto con los humanos resultó mucho más entrañable de lo que podía imaginarme. ¿Cómo me voy a ir a explorar el espacio y dejar a mi pequeño amigo? En Marte no creo que haya dulce de leche. Ni un jacarandá que pueda ser el hogar de un monstruito. Tampoco las murgas que en febrero alegran toda la calle Corrientes.

Pero sobre todo, no creo que haya en otro lado sábanas más geniales que las de la cama de mi amiguito Ciro. Lo pienso escribir en el último renglón de los *Venerables Libros de mis Antepasados*.

Aunque pensándolo bien... No, mejor me guardo el secreto. Y cuando Ciro sea grande y aprenda a escribir, le voy a proponer contar mi historia. ¿Se imaginan? “El Venerable libro de Ngué.” El monstruito del Jacarandá, el cambiaformas que... ¡No, Ciro, no me pongas puré con brócoli en las orejas, que ta-ta-tarta-mu-mu-deooo! ¡No-no te-te rías, es en-en se-se-seriooooo!

# Las aventuras de La Benito

por Johanna Ganopolsky

Había una vez una nena que vivía en la calle Apolinario Figueroa, ahí donde un portón negro gigante parece la entrada de un castillo.

La nena vivía con su mamá que trabajaba todos los días hasta entrada la noche, por lo cual pasaba sus tardes en la plaza Benito Nazar. Los comerciantes, los feriantes y los jubilados la habían apodado La Benito y a ella le gustaba el nombre.

Como pasaba tantas horas en la plaza, La Benito había llegado a conocer secretos que nadie más podía conocer, al menos nadie que no tuviera la curiosidad y el tiempo para sentarse a observar.

En una de esas tardes, se hizo amiga de una paloma.

-¡Ay! -decía La Benito- ¡Cómo me gustaría ser una paloma y poder volar como vos!

La paloma, compadecida de la nena que no tenía alas sino piernas, dedicaba un rato cada día a contarle alguna aventura. Y aunque no siempre eran verdaderas, la paloma inventaba detalles que a oídos de La Benito la hacían sonar posibles.

Así, le contó del año que pasó sobrevolando por las pirámides de Egipto, de la vez que tuvo que esquivar un platillo volador, del día en que salvó a un nene de la mordida de un tigre y de los hermosos colores del cerro jujeño.

-¡Ay! -repetía La Benito cada vez- ¡Cómo me gustaría ser una paloma y poder volar como vos!

Entonces un día, la paloma le prometió que encontraría el modo de cumplir su deseo.

La Benito esperó cada tarde de ese invierno a su amiga, sentada en el banco de cemento cerca de los juegos. Miraba las copas de los árboles, las hojas verdes se transformaban en marrones y caían, pero la amiga no aparecía. Ni los comerciantes, ni los feriantes ni los jubilados sabían nada de ella. Cuando ya de preocupación pasaba a tristeza, la vio llegar y aterrizar con algo brillante en su pico.

-Traigo un brebaje especial -dijo la paloma-, lo hizo un mago de las Cataratas.

-¿Del Iguazú? -preguntó la nena sorprendida-, tenés que contarme todo.

Y mientras la paloma le contaba la aventura, La Benito destapó el frasco y lo olió.

-Solo tenés que tomar la mitad del frasco -la frenó-, pronto te vas a convertir en una paloma como yo. Pero, si al cabo de tres horas no te tomás lo que queda, nunca vas a volver a ser una nena.

-¿Podría ser una paloma para siempre? -preguntó La Benito con una sonrisa enorme.

-Serías para siempre... -afirmó la paloma.

-¡lupi!

-¿Y tu mamá qué va a decir? -preguntó la paloma.

La nena se puso seria.

-¿Y tus amigos? -insistió.

-No me importa nada -dijo la nena-, quiero ser una paloma.

-Te digo qué vamos a hacer... probemos dos horas, si al cabo de ese tiempo seguís queriendo ser una paloma, nos olvidamos de lo que queda en el frasco.

La nena estuvo de acuerdo, bebió la mitad del contenido y guardó lo que quedaba entre unas hierbas silvestres que crecían debajo del banco de cemento.

Enseguida se achicó, le crecieron alas y un pico anaranjado. Sus plumas blancas se sentían livianas y esponjosas. Volar no le fue nada difícil, así que un momento después pasaban por arriba del monumento a Pugliese, luego sobrevolaban el lago del Parque Centenario y al minuto ascendían sin miedo para ver la ciudad desde la terraza más encumbrada.

-Vamos a comer algo -sugirió la paloma al cabo de una hora-, tanto volar me abre el apetito.

La Benito la siguió hasta la rama de un árbol.

-¡Ahí ¡Ahí! -señaló la paloma- ¡esos dos se ven deliciosos!

-Ni sueños que voy a comer gusanos -dijo la nena-, eso es asqueroso.

-Está bien -resopló la paloma un poco decepcionada y emprendió el aterrizaje.

Cerca del lago del parque un nene tiraba migas de pan. Aunque no era su ideal andar comiendo del piso, La Benito aceptó, estaba muy hambrienta. Pero cuando se acercaron lo suficiente para picotear alguna migaja, el nene las corrió a patadas.

-¡Es para los patos! -les gritó espantándolas.

Reemprendieron el vuelo hacia la Benito Nazar, donde encontraron a una señora tirando maíz. Se acercaron con más cautela. Apenas se sintieron cómodas empezaron a picotear. Aquél maíz estaba más sabroso de lo que esperaban. Pero, en la distracción, la señora atrapó a La Benito y la metió en una jaula.

La paloma no sabía cómo ayudarla. Habían pasado más de dos horas desde que había tomado el contenido del frasco. La paloma buscó el brebaje debajo del banco y cuando se asomó para llevárselo a su amiga, ya no quedaba ni rastro de la señora.

Asustada y apurada porque se quedaban sin tiempo, la paloma le preguntó a un perro que andaba por ahí:

-¿Viste a una señora que llevaba una paloma en una jaula?

-La maldita señora que me pegó con la jaula, claro que la vi, me dejó una marca en mi pobre oreja -dijo el perro.

-¿Sabés a dónde fue?

-Se fue para allá -dijo el perro y señaló hacia la derecha.

La paloma se apresuró a recorrer el camino hacia la derecha sin suerte. Al cruzarse con una rata le preguntó:

-¿Viste a una señora con una paloma enjaulada?

-Se alejó por allá -señaló la rata con el hocico hacia adelante mientras con sus patas rompía una bolsa de basura.

-¡Salchicas! -gritó la rata- ¡Qué delicia!

La paloma recorrió sin suerte el camino que le indicaba la rata, hasta que se encontró con un gato. Faltaban apenas cinco minutos para que se cumpliera el plazo de tres horas.

-¿Viste a una señora con una paloma enjaulada?

-Claro -dijo el gato-, vi a la señora tan enojada con esa paloma que no para de chillar y agitar sus alas adentro de la jaula, me acerqué curioso, la señora me vio y me preguntó si tenía hambre.

Al gato le brillaron los ojos al recordar el momento, se relamió y continuó con el relato.

-Maullé porque es sabido que los humanos no entienden el idioma gatuno, pero fue suficiente.

-¿Fue suficiente? -preguntó la paloma sin poder creer lo que sucedía.

-¿Y dónde está?

-La señora siguió su camino hacia la calle Scalabrini Ortiz.

-¿Y la paloma?

-Ah... ella... sí, está bien abrigada en mis entrañas.

-¿Te la comiste?

-De un bocado.

Quedaban apenas dos minutos para que se cumplieran las tres horas.

-¿Y te quedaste con hambre? -lo tentó la paloma.

-Siempre tengo hambre -dijo el gato y de un bocado se tragó a la paloma preguntona con su frasco mágico en el pico-, soy un gato callejero, siempre tengo hambre.

En las entrañas del gato, la paloma encontró a La Benito.

-¿Qué hacés acá?

-Vengo al rescate -le dijo la paloma mostrando el frasco.

La Benito quiso abrazarla pero el escaso lugar y los brazos de alas complicaron un poco las cosas.

-Tomalo -la apuró la paloma-, apenas quedan unos segundos.

-Pero fue tan lindo ser palomas juntas...

-Hermoso -dijo la paloma- ¡tomalo!

La Benito tomó lo que quedaba de la pócima y empezó a crecer. Primero salió su cabeza y luego sus brazos por la boca del gato. De a poco salió entera y también pudo escaparse la paloma.

-¿Qué pasó acá? -preguntó con algunas dificultades el gato.

-Una cosa maravillosa -dijo la paloma, se subió al hombro de la nena y juntas se alejaron en dirección al portón negro de la calle Apolinario Figueroa, donde esa noche, La Benito compartiría otra historia fantástica con su mamá.

## Lo que trajo la tormenta

por Julián Lucero

-No podés entrar, es obvio que sos menor de edad.

Le dijeron a Luna en la puerta de “La quince”, el lugar donde se iba a encontrar con su amiga María, que no veía hace mucho tiempo.

-Tengo dieciocho años.

Dijo ella, mirando para otro lado. Después trató de pasar y la frenaron.

-A ver el documento.

Le pidieron los dos gigantes de la puerta.

Luna se dio vuelta ofendida y se mordió la mano, sacó el celular y llamó a María, pero no hubo caso, nunca atendió. Empezó a caminar para el lado de Ángel Gallardo para volver a su casa, eran casi las doce y en ese momento se largó una tormenta fuerte y corta, cayeron rayos y se apagaron las luces de toda la ciudad por unos minutos. Luna quedó empapada, parada en la esquina de Corrientes y Scalabrini Ortiz mirando a oscuras un negocio de colchones.

-Feliz día.

Le dijo el espíritu de Osvaldo Pugliese que apareció detrás de ella.

- ¿Cómo?

-Es 22 de noviembre, ya son las doce, es el día de la música.

Contestó Pugliese, sonriendo

-Usted es el espíritu de Pugliese, el tanguero.

Dijo Luna, confiada, todos los días pasaba por ahí y lo veía a él con su orquesta, en el monumento de la esquina.

-Sí, pero prefiero que me digan Pugliese solamente, “el espíritu” me suena raro, puede dar miedo.

-No me da miedo, vi todas las películas de El Conjuro y las de Annabelle, y no me dieron miedo, bueno, quizás la primera sí... Y un poco la segunda.

Pugliese miraba el Reloj, preocupado. Caminó hasta la esquina, miró a un costado, el resto de la gente no podía verlo. Se dio cuenta que Luna era la única que podía ayudarlo. Ella se acercó hasta donde estaba él, le tocó el hombro y Pugliese se dio vuelta sobresaltado.

-Ahh, me muero de miedo cuando me tocan el hombro. Yo nací acá en Canning al 300, por acá cerca.

Comentó él, mirando a los autos pasar por Corrientes a toda velocidad y a toda bocina porque no andaban los semáforos.

-Scalabrini Ortiz es ahora.

Dijo ella, y se acordó de que muchos taxistas todavía le decían Canning.

-Ah sí sí.

Dijo él mirando para ambos lados de la calle.

- ¿Pasa algo?

Preguntó Luna.

-No, nada nada. Contestó Pugliese.

Luna se quedó mirándolo.

-Es obvio que algo pasa, se ve que estás preocupado, mirando el reloj, y tratando de leer los carteles o algo así, vi un programa de cómo analizar el cuerpo de alguien para saber qué le pasa. Si necesitas algo me avisas, no me dejaron entrar al recital, así que tiempo es lo que sobra.

-No te preocupes siempre nos terminamos encontrando a las personas que queremos.  
Comentó él, al pasar.

- ¿Cómo?

Preguntó Luna, confundida.

- Yo no tengo buena vista y tengo sólo un ratito para estar acá, como es el día de la música nos permiten volver por el tiempo que dura un disco, a visitar el barrio de la infancia.

- ¿Quiénes te permiten volver?

-Es difícil de explicar, hay una especie de entidad que regula a los espíritus sensibles que permiten que vuelvas en ciertos días especiales.

- ¿Para los artistas solamente?

-Bueno, en realidad es para cualquier persona que haya hecho más o menos bien algo alguna vez y que otras personas lo hayan disfrutado, pero puede ser una persona que se dedique a la cocina, a algún deporte, inclusive alguien que cure bien el empacho.

- Qué lindo, pero no hay mucho para ver en esta esquina si es que tenés pensado quedarte acá.

Dijo ella, aburrida ya de ese fondo de pantalla que era su barrio de todos los días.

-Sí sí por eso yo quiero ir a ver un lugar donde una vez vi a una acróbata increíble cuando tenía diez años, lo que vi me quedó para siempre en la cabeza. Era una chica de Ucrania que volaba por el aire y cantaba, se me caían las lágrimas. Quiero volver a ese lugar, no pienses mal, yo estoy enamorado mi mujer, no tiene que ver con eso.

Se explicó Pugliese.

-Si sí, entiendo, igual ahora no se dice más “mi mujer”, se dice pareja estable.

Le dijo Luna, muy segura.

-Ah perdón, mi pareja estable.

Respondió él, apurado.

Luna se detuvo a recordar los galpones de circo de la ciudad, en una época había hecho tela con María, pero se cansaron rápidamente, había que entrenar mucho.

-El único lugar de acróbatas que se me viene a la cabeza es el “Club de trapevistas” que está acá cerca.

- ¿Me llevás? Me quedan unos minutos.

Le preguntó Pugliese, agitado.

-Claro vamos.

Dijo ella mientras chequeaba los mensajes.

Luna y Pugliese caminaron unas cuadras, recordando cosas de cuando él era chico, historias de familia y lugares, se dieron cuenta que tenían gente en común y que seguramente ella había ido a la colonia de vacaciones con uno de sus bisnietos.

Llegaron a la puerta del “Club de Trapecistas” y los ojos de Pugliese, chiquitos detrás de sus anteojos gruesos, se llenaron de lágrimas. Respiró como si estuviera frente al mar. Ya no era el lugar donde entrenaban esos artistas de circo de Rusia, de Polonia, pero seguía siendo un lugar donde pasaban cosas mágicas. Luna le agarró de la mano y entraron juntos. En el escenario estaba terminando una variedad iluminada por los celulares del público porque todavía no había vuelto la luz en esa zona. Estaba “Tenaza”, el mejor comediante del mundo cantando la canción del uruguayo ninja, un clásico.

En la parte más alta del techo del Galpón, Pugliese vio a esa acróbata ucraniana volar por el aire y cantar una canción hermosa y triste, era una polca que lo hacía temblar. Cerró los ojos y le agradeció a la música por haberlo llevado hasta ahí, por haber disfrutado tanto tiempo compartido y también en soledad, componiendo, imaginando a la gente en los bailes, mientras sonaban sus canciones. Luna lo dejó un momento solo, y fue hasta la barra donde se cruzó con su amiga María.

- ¿Qué haces acá?

-Pffff, me olvidé el celular en casa y no me dejaron entrar al recital.

Contestó María mientras se abrazaban, hacía mucho tiempo que no se veían y querían contarse cosas importantes.

Pugliese miró la hora, cerró los ojos con fuerza como para sacar una foto mental de ese vuelo de la trapecista, después vio que Luna se había encontrado con la persona que quería. Decidió volver, se puso de pie y fue hasta la puerta donde ella lo corrió a saludar.

- ¿Ya te vas?

Le preguntó, sonriendo.

-Sí, me queda una canción, voy caminando despacio y llego bien.

- ¿Querés que camine con vos?

-No, está bien, tenés muchas cosas que hablar, quédate que este lugar es hermoso.

-Una cosita más... ¿Esto es una especie de fábula o algo así? ¿Tengo que aprender algo?

Preguntó Luna, para no quedarse con la duda.

-No que yo sepa, me parece que en las fábulas tiene que haber animales o algo así.

Respondió Pugliese, dudando.

Se quedaron charlando unos minutos sobre si los seres humanos eran o no animales, o si es obligatorio aprender siempre de algo y todo eso hasta que se despidieron. Pugliese caminó de vuelta a su monumento, ya debían estar por volver los músicos de su orquesta y antes que se cumpla la hora quería pasar a saludar a Beba, su pareja estable.

## Nicasio, el dragón de Villa Crespo

Por Cristina Occhipinti

El dragón caminaba por las calles de la ciudad a paso lento y agobiado. Pisando con sus garras suavemente el asfalto. Los colores de su piel variaban al verde, al gris o al rojizo, según le diera el reflejo del sol. Al principio el dragón se alegró, nadie lo miraba. Sin embargo, a medida que avanzaba, la gente, pequeña al lado de su robusto cuerpo, le gritaba ¡Gordito, no te ocupés toda la calle!

Algunos caminantes empezaron a suponer que les quería invadir las veredas. Y el pobre tuvo que escuchar todo tipo de comentarios. Que se parecía a una serpiente, a un demonio, que era feo, que daba miedo. Uno, en el colmo del desparpajo, se le puso adelante y le dijo en la cara que los dragones no existían. Eso sí que lo enfureció. El color de su piel cambió a un verde turquesa, se transformó en Xiuhcóatl el dragón serpiente de los mayas y le mostró los colmillos después de escupirle una gran bocanada de fuego. Como era un buen dragón apuntó hacia el otro lado pero sintió que ya no se podía pasear tranquilo por las calles de la ciudad. A nadie le importaba. Sólo se interesaban en el negro, amarillo o rojo de su piel. Si tenía colmillos, si mordía, si era gigante o enano, si era real.

Una viejita, acariciándole una pata porque hasta ahí llegaba con su mano, le dijo que era el dragón más bonito que había visto en su larga vida. Nicasio, que así se llamaba el dragón, se sentía muy solo pero a pesar de su pena le dio tanta ternura la viejita que apoyó su cara en el pavimento para que ésta le acariciara la cabeza. Él se sintió muy feliz cuando ella lo miró a los ojos y le dijo que observara bien la ciudad y que buscara a la buena gente. Así fue como caminó con más ánimo y se maravilló con las torres, torrecillas y cúpulas de muchos edificios

sobre la Avenida de Mayo. Cuánta belleza. Todo era distinto pero a Nicasio le pareció conocido, como si a su cerebro llegaran imágenes de otros lugares, de otros tiempos, emociones ya vividas que volvían a encenderlo, a hacerlo sentir de nuevo un guerrero del pasado. Las sensaciones se le agolparon, quisieron salir atolondradamente y una bocanada de fuego estuvo a punto de escapársele por la boca.

Encontró edificios palaciegos con cúpulas gigantes, bellas, antiguas como nunca había visto. El palacio Barolo lo maravilló, había escuchado que tenía un edificio gemelo en Montevideo y en cada cúpula había un faro. De noche la luz de ambos iluminaban el Río de la Plata. Se imaginaba, que guiado por los faros, volaba sobre las aguas de ese ancho río marrón que comparten Argentina y Uruguay.

Quiso vivir ahí, en esa cúpula tan hermosa. Ese sería su lugar para soñar.

Tenía tantas para elegir. Sin embargo, supo que eso no podría ser. Su cuerpo no entraba en ninguna de ellas. Así que se ubicó en una terraza y allí descansó en las noches después de volar por toda la ciudad. Desde ahí también miraba el cielo estrellado y los amaneceres con el sol sorprendiéndolo detrás de los edificios. Y ese aroma eterno a café con leche al que olía la ciudad cuando era hora de ir al cole o al trabajo.

Un día caminó tanto que se le encarnaron las uñas de los pies. Llegó a una plaza, por Apolinario Figueroa entre Olaya y Virasoro, y los chicos que jugaban al fútbol en la canchita lo miraron con admiración. Por primera vez se sintió importante, algunos lo tocaban con disimulo y uno de ellos lo convidó con un chicle.

—Yo soy de Chicago ¿Vos de qué cuadro sos? —le preguntó Gonzalito, un pibe de unos diez años que venía desde Mataderos a la plaza a juntar papeles con su carro y se quedaba jugando un rato con los chicos del barrio.

—Vos callate que no sos de acá. En Villa Crespo somos de Atlanta —dijo un pelirrojo todo despeinado.

Nicasio no sabía si mirarlos a ellos o a los fresnos y paraísos de la Benito Nazar. También los grandes lo recibieron como uno más. Villa Crespo tiene una historia de nacionalidades y religiones distintas que siempre convivieron en armonía. Además esa plaza no estaba enrejada, los vecinos pensaban que mejor que encerrarla era cuidarla.

Don Esteban, el pedicuro, le curó las uñas encarnadas. Blanca y Berto los más antiguos del barrio, le dieron cobijo en un galpón que tenían en el fondo de su casa y Nicasio se quedó a vivir con ellos. Entre todos los vecinos juntaron veinte frazadas para que se tapara, pronto llegaría el invierno. Nicasio nunca más tiró fuego por la boca aunque los chicos se lo pedían. A veces lo cargoseaban diciéndole que si no lo hacía no era un auténtico dragón. Que sin el fuego no podría asustar a nadie, ni pelear con otros dragones ni ganar ninguna batalla.

—En Buenos Aires ya no hay más dragones, sólo quedo yo. Y nadie se asusta conmigo, además es peligroso jugar con fuego —respondía Nicasio.

Su mayor pena había sido estar solo y ahora era feliz en ese lugar y con toda esa gente que lo quería. En la Benito Nazar Nicasio disfrutaba mucho, había lugar de sobra para su cuerpo y los chicos jugaban al tobogán en su espalda. A veces un estruendo ensordecedor se escuchaba hasta Parque Centenario. Era Nicasio que caía al suelo mareado después de jugar con los perros de la plaza. Estos se prendían de su cola y los hacía girar con tanta fuerza que todos terminaban desparramados en el pasto.

Un día en el barrio comenzó a correrse el rumor de que desde el Centro reclamaban la presencia de Nicasio. Que el dragón les pertenecía a ellos, que él era de las cúpulas de Avenida de Mayo, que nada tenía que hacer en Villa Crespo. En la televisión anunciaban con ironía: *“OTRA VEZ LOS VILLACRESPENSES EN MEDIO DE LA TORMENTA. AHORA COBIJAN A UN DRAGÓN”*.

—Yo, si quieren de noche me voy a dormir a mi terraza del Centro y de día me vengo para acá y así todos contentos.

—No Nicasio, no vamos a negociar nada, vos de acá no te vas —le contestó Blanca que ya era como su madre.

Ese día hubo asamblea en la Benito Nazar. Y cada uno expuso sus razones.

—Ese dragón es muy feo, estornuda y se me mueven las cortinas de la ventana. Él no es de acá. Que se vaya —gritó Pepe el que no les devolvía la pelota a los chicos cuando caía en su jardín.

—Que se vaya, que se vaya —repetían los loros bribones que habitaban en el fresno.

—No, Nicasio se queda acá. Él me ayuda a entretener a los perros — dijo Cachito el paseador.

—Nicasio no se va, Nicasio no se va, él es nuestro amigo —cantaban a coro todos los chicos subidos a su lomo.

—En Villa Crespo hace muchos años recibieron y abrazaron a nuestras familias que venían con hambre de la guerra. No vamos a echar a Nicasio ni por feo, ni por diferente. Él ya es parte de nuestro barrio —se escuchó decir al mismo tiempo a Jacobo, Abdul y Benyamin.

—Nunca vimos tan felices a nuestros hijos desde que Nicasio vino a vivir con nosotros. No dejaremos que se vaya, él es de aquí —dijo el presidente de la comisión de padres que se había formado en defensa del dragón.

—Él es de aquí, él es de aquí —repetían los loros.

El Colo, despeinado como siempre, lloraba abrazado a una pierna de Nicasio cuando apareció Ling Chen. Hasta los loros hicieron silencio. Ling era muy callada, de unos cuarenta años, trabajaba en el mercado de un compatriota. Nunca concurría a ningún evento del barrio, toda su familia había quedado en la lejana Pekín, hacía unos cuantos años. A veces se la veía pensativa en un banco de la plaza mirando a Nicasio con amor.

—Cuando lo conocí, creí renacer. Acá sólo veía dragones en dibujos o en las fiestas del año nuevo en el barrio chino. Nunca lo llamé Nicasio, siempre le dije Tianlong, el dragón celestial

chino, una de las historias que me contaba mi papá de niña. Cada vez que lo miro a los ojos sé que este es ahora mi lugar —dijo Ling con lágrimas en los ojos.

Todos hicieron silencio en la asamblea de la plaza Benito Nazar. La votación fue de trescientos veintitrés contra uno y Nicasio se quedó.

—Nicasio se quedó, Nicasio se quedó —coreaban los loros.

Nuestro querido dragón envejeció en Villa Crespo. Vivió con nosotros como uno más. Ahora viejito casi no sale a jugar. Sin embargo, a veces en el verano vemos un pájaro gigante volar. En los carnavales, cuando hay mucho viento y se zarandean las copas de los árboles, sabemos que es él sacudiendo los estandartes de los murguistas al ritmo de la música. En esos días, sigue girando su cola, ahora un poco más despacio, jugando a la calesita, divirtiendo a los perros. Haciéndole de tobogán a los chicos, hijos de los adultos de ahora. Después, agotado se recluye en su casa, en el galpón que le dieron Blanca y Berto cuando llegó. Sin embargo, los pibes lo espían por un agujero en las paredes del galpón y lo ven bailar al compás de la murga Los Dragones de Villa Crespo que llevan en sus trajes y estandartes el dibujo de Nicasio.

## Ovnibús

por Sebastián Pahor

Aquella mañana fue diferente. Me tomé el colectivo a la misma hora y esperaba el saludo de Ricardo, chofer que desde el primario hasta hoy -veinte años después- me pregunta ¿Qué hacés Juan? Pero aquella mañana fue diferente.

Una particular niebla había azotado a la ciudad y los noticieros hablaban de cien metros de visibilidad esperando alguna tragedia vial para dar la primicia del día. No vi el transporte hasta que lo tuve sobre mis narices. Frenó medio pasado (por mi culpa, y de la niebla), la puerta se abrió y una idea aterradora se cruzó por mi mente: Ricardo, el chofer, que me conocía de toda la vida, no era quien decía ser.

Recapitulemos, no eran sus orejas puntiagudas con lóbulos similares a pelotas de ping pong, ni sus ojos amarillos posible producto de una ictericia que lo acompañaba desde que tengo razón de ser, ni sus dedos largos que atrapaban el volante como si fuese un diminuto snak, ni sus pocos dientes que al sonreír parecían ocupar lugares nuevos, ni siquiera era su piel verde musgo que hacía juego con su camisa de la línea 76, tampoco las muestras de orina que me pedía mensualmente para “su investigación importante” que yo, por pasar gratis, le entregaba con confianza. Nada de eso me llamaba la atención. Cosas de colectivo, pensaba. Hasta que esa mañana, noté algo sorprendente. Tal vez nunca estuvo ahí y, de distraído, lo pasé por alto. Ricardo manejaba sin palanca de cambios.

-¿Qué hacés Juan?

-Acá... tirando -dije como siempre y pasé conteniendo la respiración.

Dejé de sentir las piernas al percatarme del segundo pero no menor detalle: Ricardo no tenía pedal de frenos, ni embrague, ni acelerador. Mis nervios se crisparon cuando vi tres tentáculos babosos merodear por debajo de su cuerpo.

Pensé en preguntarle, pero algo me lo impedía. Desenmascarar su verdadera identidad haría que a partir de ese momento tuviese que pagar el boleto. No podía darme esos lujos.

Me quedé parado a pesar de que había asientos libres en el fondo. Otro pensamiento aún más aterrador que el anterior rebotaba por mi mente turbada y confundida. ¿Ningún pasajero notó que Ricardo maneja sin palanca de cambios ni frenos? Volví a mirar hacia el corredor y la baba que emanaban los tentáculos de Ricardo se acercaba a paso de hormiga, di un paso hacia atrás. ¿Nadie en este colectivo se da cuenta que tiene tres tentáculos verdes?

A mitad de camino, asimilando mi neurosis, llegué a dos conclusiones y ninguna me tranquilizaba: o todos viajaban gratis, o todos eran extraterrestres. También me di cuenta que desde Camargo hasta Donato Álvarez nadie bajó ni se subió. Miré para el costado con disimulo y una señora pituca de entrados sesenta años se enrulaba unos gusanos que salían y entraban de su oído. Me sobresalté. Mi vista se nubló cuando un hombre, de escasa estatura, giró su cabeza trescientos sesenta grados, para luego volverla a su estado inicial. Me tapé la cara y en ese momento entendí que nada de lo que sucedía tenía sentido: unas pequeñísimas sopapas parecían salir de las palmas de mis manos, que ahora veía azules. Casi sin poder respirar, grité, de esa forma tal vez despertaría de un sueño. Pero no, no era un sueño. Y el colectivo, ligero, empezaba a tomar altura.